

HERMIDA
EDITORES

Incierto amanecer

Finalista Premio Planeta 2010.
Finalista Círculo de Lectores 2011.

Juako Escaso Higuera



INCIERTO AMANECER

una novela de

Juako Escaso

www.juakoescaso.com

*“...es duro, muy duro,
despedirse de los sueños de uno”.*

El sitio de Leningrado

MICHAEL JONES

Primavera de 1944

HACE MESES QUE DEJÉ DE LLEVAR LA CUENTA DE LOS DÍAS. Sé que estamos en marzo, aunque desconozco la fecha exacta. En realidad no importa mucho, cada día es igual al anterior e igual al siguiente, no hay razón para ponerle un nombre. La implacable rutina cose un amanecer tras otro hasta desdibujar cualquier perspectiva, una y otra vez la misma diana, los mismos recuentos, el mismo trabajo, la misma comida y el mismo sentimiento de vacío.

André ha arrancado una estalactita de las muchas que se formaron en los vanos de las ventanas, pálidas y afiladas como helados colmillos, tras la última nevada. Lentamente se derriten bajo la azulada luz solar y gotean con una cadencia hipnótica, pausadamente, como si cada gota necesitase el aliento de las demás para decidirse a dar el salto. Cuando el hielo se ha deshecho dentro del cacillo de latón convirtiéndose en un líquido gélido y cortante, André bebe con avidez, con la ansiedad de quien no termina de acostumbrarse al agua turbia y contaminada del Campo. Apura hasta la última gota y me dedica una sonrisa verde por encima de sus gafas de alambre.

La puerta se ha abierto con un chirrido de goznes dejando pasar el silbido del viento que azota el llano. Con gesto hábil, mil veces ensayado, oculto el cuaderno y el carboncillo bajo la almohada de paja. André ha saltado del catre como un resorte, los músculos tensados, preparándose ya para lo peor. Pero esta vez ha habido suerte, no se trata de un guardia, ni del jefe de barracón, sino de un recluso que viene envuelto en un abrigo hecho de sacos, con el cuerpo doblegado, reumático, como un tronco de árbol que en vano se resistiera a lo inevitable.

—Venid, rápido. Han vuelto —anuncia.

Inmediatamente, todos los hombres que se encontraban en el barracón han saltado de sus literas y corren hacia el exterior llenos de temor y curiosidad dejando tras de sí un rastro de paja, de esta paja hedionda que todo lo recubre y en la que anidan los piojos, las chinches y la desesperanza.

André se ha detenido bajo el umbral de la puerta, desde donde me dirige un gesto de cabeza.

—¿A qué esperas?

En este momento me gustaría pasarlo por alto, seguir resguardado en la soledad del barracón y hacer como si el mundo no existiera, como si esto que me rodea fuera un mal sueño del que pudiera despertar con sólo cerrar los ojos, pero sé que no es lo más recomendable; si algo sucede en el Campo, sin importar dónde o a quién, es mejor saberlo, pues tarde o temprano termina afectándote de uno u otro modo.

Lentamente, como si arrastrara a mi espalda un invisible saco de dolor y de cansancio, bajo de la litera y me asomo a la tarde helada y gris, al paisaje familiar de alambradas y barro y fantasmas, percibiendo ya en cada centímetro de mi cuerpo el olor cotidiano de la muerte.

André está nervioso, aprieta las mandíbulas y observa con impaciencia el movimiento de los guardias afuera mientras zigzaguea entre la muchedumbre abriéndose paso a empujones —a pesar de su delgadez y su escasa complejión—, consciente de que está a punto de suceder algo dramático. Hemos llegado junto a la alambrada que separa el sector B del pasillo principal del recinto, donde más de un centenar de hombres de aspecto andrajoso y desnutrido aguardan con una curiosidad que raya lo enfermizo. La imagen del sufrimiento ajeno es una elucubración de lo que tal vez le esté reservado a uno mismo, quizás en el próximo reclutamiento, quizás en un traslado a otro Campo, quién sabe...

A pocos metros, dos gendarmes pertrechados con fusiles y capotes montan guardia en las garitas que flanquean el acceso principal mientras otros tantos reciben al camión militar que se ha detenido a la entrada y cuyo motor jadea como una bestia enferma. Las puertas se abren con un lamento de óxido. Dos soldados alemanes con uniforme impecable se apean de la cabina y tras ellos un tercero cuya pechera está cubierta de galones. Los visitantes han intercambiado unas breves palabras con la guardia del Campo y les han convidado a fumar; después, se han dirigido al interior escoltados por una decena de gendarmes que hacen sonar sus silbatos llamando a los internos a formación.

—Cerdos alemanes —murmura André, mientras aprieta la alambrada entre sus manos con impotencia.

El oficial alemán se ha adelantado unos pasos y nos estudia con atención para comprobar nuestro estado de salud; es una tarea minuciosa y se toma su tiempo, como un tratante de ganado que revisara bien su compra para no llevarse una pieza en malas condiciones. De vez en cuando ordena a algún hombre que abra la boca y

saque la lengua, o que levante los brazos en cruz, o le abre los párpados con sus manos enguantadas para examinarle las pupilas. Sólo habla alemán, pero se hace entender remarcando sus palabras con un gesto o realizando él mismo la acción solicitada para ilustrar sus deseos; si no supiera lo que va a suceder a continuación diría que hasta resulta gracioso.

Cuando al fin concluye el examen, retrocede y su rostro se ensombrece; uno a uno, su dedo índice señala a los quince hombres más fuertes del barracón, entre los cuales no nos contamos ni André ni yo. Ante la negativa de los hombres a abandonar la fila, los gendarmes no dudan en golpearles con las culatas de los fusiles hasta obligarles a cumplir la orden. Tratando de no perder la entereza, los elegidos suben al camión ante la mirada de lástima y alivio de los compañeros.

—Nazi bastardo... ¡Hurensohn! —grita André.

El oficial se detiene, se gira y recorre la multitud con la mirada. Los pájaros del bosque cercano enmudecen repentinamente y un silencio espeso, fúnebre, se apodera del Campo haciendo que todos los corazones palpiten con simultáneo sobresalto. El oficial deja pasar unos segundos para constatar que ninguno tenemos el valor de enfrentarnos a él cara a cara y que, por grande que sea nuestra indignación, nadie va a mover un solo dedo para evitar el traslado arriesgándose a pagar el precio de sumarse a la remesa.

A falta de unos metros para llegar al camión, uno de los hombres ha golpeado a un gendarme y ha echado a correr frenéticamente en dirección a las vías del tren, al otro lado de la carretera que une Vernet y Saverdún, en un intento desesperado de alcanzar el bosque que se extiende más allá. Como si volvieran en sí tras una hipnosis, los demás prisioneros comienzan a jalearse al huido profiriendo gritos de ánimo entremezclados con insultos a los alemanes y a los gendarmes.

Sin prisa, absolutamente seguro de sí mismo, el oficial alemán desenfundó su Lúger y apunta con su mano derecha apoyada sobre la izquierda, ladeando ligeramente la cabeza. El ruido del disparo, opaco y breve, se deshace entre la espuma grisácea de las nubes al tiempo que el fugado cae abatido a cincuenta metros de distancia sin haber conseguido vislumbrar siquiera su meta; con su muerte, las esperanzas de todos nosotros se desvanecen, una vez más, como un grito de súplica en la sorda inmensidad del cielo. Nadie se mueve, sin embargo, durante unos minutos, incluso después de que el camión alemán se haya perdido de vista al fondo de la carretera en dirección a Pamiers.

—*Allez, allez!* —los gendarmes hacen sonar sus silbatos instándonos a regresar a los barracones— *¡Le spectacle est finit!*

André ha cogido una piedra del suelo y la aprieta fuertemente en su mano derecha mientras murmura el mismo insulto una y otra vez. Tiene las mejillas humedecidas por un llanto involuntario y las venas del cuello tan hinchadas que a simple vista puedo percibir su pulso acelerado. Si arremete contra uno de los guardias no podré hacer nada por él, le golpearán y le enviarán al picadero hasta que muera de frío o de hambre.

—¿Qué pretendes hacer con eso? Suéltala.

André se resiste a claudicar, pero cruza su mirada con la mía como si buscara un último empujón para hacer lo que sabe que es mejor para ambos; después, deja caer la piedra con gesto de derrota.

—Han matado a Enric —dice; hace una pausa como si esperase mi confirmación y añade, con voz trémula—, tienes que ayudarnos.

—No puedo hacer nada. Ya hemos hablado de esto.

—Claro que puedes. Esta vez será distinto.

—¿Por qué?

—Estamos organizados, bien organizados —puntualiza.

Me alejo sin responder, con la sensación de que las palabras, aquí, son tan prisioneras como quienes las pronuncian. Mientras camino junto al límite del recinto tratando de reconfortar mis huesos con los tenues rayos de este sol de invierno, una sensación de vacío me recorre las tripas haciéndome, un día más, consciente de mi hambre. Pero no hay mucho que pueda hacer para combatirla, no al menos hasta que la nieve se derrita y me den permiso para volver a trabajar en el huerto.

Los guardias han repartido palas entre los hombres obligándoles a retirar la nieve de los caminos y del exterior de los barracones, una tarea que venimos haciendo por turnos desde hace dos días, de manera que ninguno de nosotros se ha librado de unas cuantas horas de trabajo adicional. Cinco hombres han subido a los tejados con cubos de agua hirviendo para tratar de derretir la costra de hielo que recubre los barracones. El trabajo se prolonga hasta que el sol se desparrama como oro fundido sobre el horizonte ondulado de las tierras del Ariège. Poco a poco, las sombras engullen cada rincón del Campo y una brisa gélida se levanta como anticipo

de otra noche bajo el reinado del invierno.

Los catres apenas miden cincuenta centímetros de ancho por un metro ochenta de largo, lo que obliga a muchos hombres, sobre todo de origen nórdico — rusos, polacos, checos, etc.—, a dormir con el cuerpo flexionado en posición fetal, y así durante semanas, meses, años, hasta que el arqueo deformado de la columna vertebral se vuelve irreversible y les obliga a caminar en continua penitencia. Pero este no es el mayor de los problemas que se pueden tener, muchos hombres ni siquiera cuentan con algo más que sus propias ropas desgarradas para combatir la mordedura púrpura y glacial de la noche. Hay muchas razones por las que sentirse desgraciado aquí dentro, y, sin embargo, a pesar del hambre y los piojos, a pesar de la ira por el reclutamiento forzoso de quince compañeros, incluso a pesar de la muerte que un día más nos ha visitado, tumbado en el jergón de mi estrecha litera me siento afortunado por poseer un buen abrigo y una manta de lana.

—Espera, Giuseppe, aguarda un momento —André baja al suelo de un salto y le sujeta por el brazo—. ¿Dónde vas?

—El tren está esperando. Tengo que darme prisa o se marchará.

—No hay ningún tren.

Las pupilas de Giuseppe son dos animales asustados.

—Claro que sí. Está esperando.

Giuseppe señala con su dedo índice el exterior de la barraca. De su hombro derecho cuelga un petate hecho a mano con retales de mantas y harapos.

Tras una breve pausa, hace un brusco requiebro y trata de ganar la puerta, pero André y dos hombres más se interponen ágilmente cortándole el paso.

—Escúchame: ahí fuera no hay nada más que guardias y alambradas, ¿me oyes? Es mejor que vuelvas a tu cama— insiste André.

Giuseppe duda unos segundos y baja la cabeza, como si súbitamente hubiera recuperado el sentido de la realidad y comprendido lo absurdo de su pretensión.

—¿Qué sucede ahí?

El jefe del barracón se ha acercado desde el otro extremo de la nave. Alumbrado con la linterna las literas repletas de rostros doloridos hasta topar con el de André.

—Nada, jefe, sólo una pesadilla.

Giuseppe se ha sentado de nuevo en su litera, cabizbajo, desorientado. Se diría que está a punto de echarse a llorar. Se diría que un dolor sin nombre le escuece bajo los párpados. Me pregunto si comprende lo que le está sucediendo, si es consciente de su propia degradación. He oído historias sobrecogedoras de hombres que, aferrados a sus maletas o a los improvisados hatillos con que huyeron al caer el frente de Barcelona, se echaban al Mediterráneo en las playas de Argeles y Saint Cyprien diciendo que regresaban a España. Y otros que se comportaban como si aún se encontraran en el fragor del combate, detenido su tiempo para siempre en ese instante en que quizás vieron morir al amigo o al hermano, incapaces ya de asumir otra realidad que la de su imaginación trastornada.

Nadie conoce el verdadero nombre de Giuseppe. Cuando llegó al Campo, hace tres o cuatro meses, el destello de la locura ya brillaba en sus ojos. Repetía una y otra vez que era partisano, militante del *Partito d'Azione*, y afirmaba ser descendiente directo de Garibaldi, de ahí que los hombres, burlona y cariñosamente, le pusieran ese apodo. Quién sabe, quizás el pobre Giuseppe ni siquiera sea italiano.

—¿Qué tal?

—Nada.

—¿Cómo que nada? —el tono sorprendido del viejo me anima a intentarlo una vez más— Cierra los ojos.

Obedezco. De la garganta de Amadeo sale un frágil hilillo de voz ronca y anginosa.

—Si te concentras puedes oír la campana de la iglesia de Le Vernet, el traqueteo de las carretas que van hacia los cultivos de Saverdún, el rumor del agua que corre en las acequias de las casas, las risas de los niños al entrar en la escuela, el cuchicheo delicado de las mujeres...

Bruscamente, la estridencia de los silbatos ahuyenta la ensoñación del viejo. Sus ojos son apenas dos hendiduras sombrías entre el cuero arrugado y calloso de su rostro, pero en ellos lleva alojada toda la nostalgia del mundo.

André le ha ayudado a levantarse ofreciéndole su brazo. El cuerpo de Amadeo, menudo y encorvado, tiembla a cada paso como una vara a punto de quebrarse. Lentamente, nos sumamos a la formación bajo la llovizna que, como un

velo difuso y gris, ha comenzado a caer hace pocos minutos reblandeciendo de nuevo el suelo ya embarrado. A pesar del frío, Amadeo se descalza las esparteñas para evitar que el barro se le agarre a las suelas y le lastre, luego, los pasos.

Uno a uno y con la gorra o la boina bajo el brazo, los hombres responden al llamamiento; todos, sin excepción, incluido Giuseppe. Y lo hacen con la ansiedad alojada como un insecto en la garganta, deseosos de acudir lo antes posible a la cantina para engullir un almuerzo miserable. Es el primer recuento del día. Un día más a sumar a este invierno que ya dura eternamente.

El barracón vacío se asemeja a un establo que hubiera sido abandonado a toda prisa: humedad, telarañas, penumbra, paja esparcida por el suelo, el olor ácido del sudor y del orín que llega desde los cercanos urinarios... Este establo, sin embargo, no ha sido abandonado. Aquí viven amontonadas más de cien bestias, más de un centenar de hombres que se hacen, cada día que pasa, un poco menos humanos.

He llegado cuando la reunión ya estaba empezada, pero André, contento de verme, me ha hecho sitio entre él y un tipo de cabello castaño claro, expresión curtida y ojos azules llamado Fermín. Él, Bernat y otros dos hombres también presentes en la reunión —Eusebio y Pascual— son lo único que queda de la 26ª División anarquista al mando del coronel Ricardo Sanz, la antigua columna Durruti. Los conozco de oídas, igual que los demás reclusos; su historia no deja a nadie indiferente. Ellos fueron los primeros en llegar al Vernet en 1939 y también los que más han sufrido el alistamiento en los Servicios de Trabajo Obligatorio. Fermín ha entrado y salido dos veces del Vernet y mantiene buena relación con algunos de los líderes del Partido Comunista a pesar de las diferencias ideológicas. Los guardias le conocen bien, le odian y le respetan a partes iguales, pero él sabe cómo tratarlos para que lo dejen tranquilo.

André sonrío con un gesto triunfal.

—Ya os dije que vendría.

Fermín me mira como si pudiera leer mis pensamientos.

—Así que eras amigo de Enric...

—Le escribí algunas cartas para su novia.

—Yo respondo por él —se apresura a decir André.

El que está frente a mí enciende el cigarrillo que acaba de liar y expulsa el humo contra la brasa incandescente mientras me ofrece su mano para estrecharla. El tic de su ojo derecho transmite una falsa sensación de nerviosismo.

—Soy Bernat —dice mientras hace girar el cigarrillo con sus dedos huesudos. Después, dirigiéndose a Fermín, añade—: Por mí está bien.

—¿Y vosotros?

Tras un momento de duda, los dos hombres que flanquean a Bernat asienten con sendos gestos de cabeza.

—Bienvenido —concluye Fermín, mirándome.

Catorce garbanzos y una hoja de col era todo lo que había flotando en el agua pálida y grasienta de la sopa. Eso es a lo que llaman plato de resistencia. Algunos hombres, afectados de diarrea crónica, ni siquiera lo prueban, resignándose a comer lo poco que hayan podido conseguir en el mercado negro.

Del bolsillo del abrigo, André se ha sacado una lata de carne estofada y la ha compartido conmigo. No le pregunto dónde la ha conseguido, en realidad no me importa demasiado. El sabor de la carne, blanda y jugosa como una fruta madura, me trae recuerdos de un tiempo ya lejano. Dolorosamente lejano.

Devoramos en silencio, como es costumbre, intentando en vano que el chusco de pan nos dure hasta el final de la comida. Las palabras pueden esperar. Las palabras son propias de seres humanos, pero nosotros, hasta que el último resto haya sido rebañado a conciencia, no seremos más que animales luchando por sobrevivir. Las palabras, hasta entonces, pueden esperar.

Cuando nos disponemos a levantarnos, un hombre de unos sesenta años y aspecto enfermizo se aproxima a André con mirada suplicante. Sus ojos, ensombrecidos al fondo de dos cuencas huesudas, son la única parte de su cuerpo que aún parece conservar cierto hálito de vida.

—Te doy diez francos por ella —dice señalando la lata.

Como la respuesta de André no llega, el viejo le extiende unas monedas sobre la palma rugosa y trémula de su mano.

—Doce francos. Es todo lo que tengo.

André me mira fugazmente. Deposita la lata vacía en la mano del viejo y se la

cierra suavemente.

—Guárdala bien, viejo, no vayan a quitártela. Es una buena lata.

El hombre se aleja, agradecido, con un brillo de latón refulgiendo en sus pupilas. Es cierto, es una buena lata. Imprescindible para poder comer, ya que no se suministran suficientes platos ni escudillas entre los prisioneros. Ahora el viejo sólo debe superar el segundo y decisivo paso: encontrar algo con que poder llenarla.

La reunión acabó bruscamente, interrumpida por un oficial que apareció de improviso. Quizás esperaba desmantelar algo importante y sumar así un mérito a su hoja de servicio, pero lo cierto es que sólo encontró seis hombres jugando a las cartas. Un rato antes de su irrupción, Fermín había sacado una baraja española con la que fingíamos echar una inocente partida de julepe. El oficial la emprendió a puntapiés con el arma calada ordenándonos que saliéramos de la barraca. Sin tiempo para intercambiar una sola palabra, nos dispersamos a lo ancho del recinto entre una leve cortina de niebla.

Al salir de la cantina, de camino hacia el taller de ebanistería donde habitualmente trabajamos, André se decide al fin a preguntar.

—Bueno, ¿qué has decidido?

—Lo siento —respondo sin pensar, como si en los tres días que han pasado desde la reunión hubiera estado esperando este momento.

—¿Qué quieres decir?

—Contáis con mi discreción, pero no voy a comprometerme más allá.

El tono de André se vuelve levemente hostil.

—Sin tu ayuda no podremos hacerlo.

—Oye, ya te dije que no podía hacer nada. Los guardias están nerviosos, ahora tienen que rendir cuentas a los alemanes. Si se huelen algo raro tirarán.

—Tienes miedo.

—Claro que lo tengo, no se trata de saltar un par de alambradas y burlar a unos pocos guardias. Hay soldados de infantería y tiradores senegaleses apostados en todo el perímetro. Y gendarmes a caballo por los alrededores. En el mismo momento en que se conozca la huida vendrán patrullas motorizadas de Pamiers y Toulouse. ¿Cómo vais a libraros de ellos?

—Ya oíste a Fermín —replica—, tenemos armas.

—No soy un asesino.

—¡Maldita sea, Víctor! —André se ha detenido antes de llegar al taller para no llamar la atención de los guardias— No quieres disparar, no quieres huir, ni comprometerte... ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? Puedo conseguirlo.

—No quiero dinero.

—¿Entonces qué?

—Sólo quiero vivir.

—Escúchame —dice mientras me agarra del brazo como si quisiera infundirme la confianza que me falta—: saldrá bien. Sólo necesitamos una ayuda desde dentro.

—Tiene mujer e hijos. No correrá ese riesgo por nosotros.

—Tal vez no. Pero debemos intentarlo.

Un rumor extraño se expande por la llanura de Vernet como un aleteo subterráneo de cadáveres. O quizá no, quizá es sólo la rueda incansable de mi propio miedo. La voz incansable del miedo.

—Bueno, ¿qué me dices, eh? —pregunta André, esperanzado.

Me dirijo a mi puesto con una sensación de ahogo, como si llevara una corbata demasiado prieta alrededor de la garganta. La grava del suelo cruje bajo mis alpargatas, similar a un roce de grilletes. Y en mi mente, como el eco que, exhausto, viene y va por las montañas, resuena en un bucle infinito la última frase que, antes de marchar, he pronunciado:

—Os deseo buena suerte.

El sol de los últimos dos días ha derretido por fin la nieve de los campos. Si la suerte sonrío quizás la primavera se adelante y podamos olvidar por unos pocos meses este frío que nos roe los huesos como un puñado de ratas hambrientas. Este frío que ha tornado la tierra de un marrón pálido, inerte, tan dura que la sola acción de hundir en ella la azada exige un esfuerzo doble.

Hace año y medio, durante el traslado desde el Campo de Septfonds al de Vernet, algunos hombres consiguieron salir de la cadena, desarmaron a los cuatro

guardias que nos vigilaban y no pararon de correr hasta que sus sombras se mezclaron con las sombras espesas del monte. Uno de esos guardias era Michel. Le habían disparado en la cara interior del muslo y se retorció en el suelo sobre un charco de oscura sangre. Me arrodillé y taponé la herida con los dedos hasta que llegó la ambulancia. Le salvé la vida. Esa es la razón de que yo sea el único prisionero del sector B con permiso para salir del recinto y trabajar el huerto. Todos los demás pertenecen al sector A, franceses recluidos por delitos comunes y sin adscripción política definida. Sólo el comandante del Campo y unos pocos guardias conocen la historia, no quieren levantar recelos entre los demás prisioneros. No recibo ningún trato especial, sólo la posibilidad de trabajar una vez por semana entre los fríos terrones de la tierra labrada. Ese es mi privilegio.

La pared verde del bosque se yergue, misteriosa, apenas a un centenar de metros de distancia del huerto. No hay muros ni alambradas de seguridad, sólo una valla de piedras tan baja que un perro podría sortearla de un salto. Pero hace falta algo más que hambre o frío para dar ese paso, y ninguno de los hombres que hay a mi alrededor está tan desesperado como afrontar el riesgo. Excepto uno: René. Permanece inmóvil a pocos metros de la valla, ensimismado, observando la campa que funde su pálido verdor con el oscuro cromado del bosque. Sé lo que piensa, todos lo sabemos. Cuando se trabaja en el huerto a menudo sobreviene el impulso de huida, no es el primero a quien le ocurre.

—Eh, tú, vuelve al trabajo.

Pero la mirada del joven prisionero no consigue desenredarse de las ramas.

—¿Es que no me has oído? —El guardia ha cruzado el huerto con paso apresurado empuñando el fusil con gesto de amenaza—. ¿Qué es lo que estás haciendo?

—Nada, señor. Sólo miraba.

El guardia arremete con la culata de su arma. René alza los brazos para protegerse pero no puede evitar el golpe, que le alcanza en plena frente. Un hilo de sangre corre por su mejilla, imberbe todavía, mezclándose con la tierra sobre la que, inconsciente, se ha desplomado.

—¡Ya es suficiente!

La voz acude, enérgica, desde el otro extremo del sembrado mientras las botas de Michel se abren paso a través de los surcos.

—¿Qué ocurre?

—Pretendía huir.

—Está bien, yo me encargo.

El guardia se cuelga el fusil al hombro y se retira. Michel ofrece su mano a René, que se levanta con torpeza, conmocionado.

—Sólo estaba mirando —se justifica, con voz débil.

Tras examinarle la brecha, Michel le ofrece su pañuelo.

—Es un corte superficial, apriétalo unos minutos y cerrará. En cuanto te sientas mejor vuelves al trabajo.

—Sí, señor.

—Y a partir de ahora no se te ocurra mirar otra cosa que la tierra donde hundes tu azada, ¿entendido?

—Sí, señor.

Durante unos segundos la mirada de Michel se cruza con la mía. Me dirige a modo de saludo un gesto mínimo, apenas perceptible, como un leve asentimiento al que correspondo de la misma manera. René se limpia la sangre y la tierra que han quedado impregnadas en su cara, guarda el pañuelo en el bolsillo del pantalón y retoma el trabajo sin demora. Sabe que ha tenido suerte. Sabe que eso podría haberle costado algunos huesos rotos o quizás algo peor. Seguramente tardará unos cuantos días en volver a alzar la cabeza para buscar con ojos inquietos la linde verdinegra de los bosques.

El descanso a la sombra de dos chopos solitarios que alzan sus copas en mitad de la llanura es lo más parecido a la libertad. Me he sentado en compañía de los demás hombres y he liado un cigarrillo en espera de que llegue mi turno para beber el agua fresca y sagrada de la tinaja. Cierro los ojos y por un instante olvido la presencia de los guardias, toda mi atención está puesta ahora en los sonidos que, lejanos, acarician suavemente mis oídos. El aire es más húmedo bajo los árboles, se arremolina entre las ramas haciendo sonar su cascabel de hojas. De pronto, arrastrada por el viento desde algún rincón que no alcanzo a imaginar, me llega, leve como susurro, frágil como rumor de cristales, inconfundible, la voz melódica y dulce de una mujer. Quizás, después de todo, el viejo Amadeo no estaba equivocado.

Michel se ha acercado hasta aquí y me ha ofrecido un cigarrillo rubio. Lo guardo en el bolsillo de mi camisa y le doy las gracias con un gesto. Alza la cabeza y mira hacia el horizonte como si algo en la luz le incomodara.

—Siento lo de aquel prisionero —dice.

No contesto. No hay nada que añadir y él lo sabe. Aprovecha la pausa para aspirar una honda calada, tras lo cual adopta una expresión risueña.

—Mi mujer está embarazada. Ya vamos por el tercero.

—Enhorabuena.

Lo he dicho con sinceridad, aunque el tono de mi voz no es seguramente el más adecuado: arrastra en su fondo un poso negro de melancolía. Michel sonrío, sin embargo. Ha comprendido.

—¿Y tú, tienes hijos?

—No.

—¿Por qué, no estás casado?

Un zarpazo helado me desgarró la espalda.

—No es asunto tuyo.

El aire ha surgido de mis pulmones y ha empujado mis palabras sin que pudiera hacer nada por evitarlo, como si yo no fuera más que un asombrado espectador de mí mismo, incapaz de cualquier tipo de control. Como si yo no fuera yo. Michel no ha reaccionado. Quizá esté igual de sorprendido o quizá no quiera darle mayor importancia al asunto, en cualquier caso se limita a guardar un respetuoso silencio, un silencio que, de haber sido cualquier otro guardia del Campo, significaría la antesala de un brutal escarmiento.

Quisiera contarle la verdad. Decirle que una vez, no hace mucho tiempo, hubo una mujer, la más hermosa que jamás ha pisado las montañas. Una mujer cuya piel recuerdo con cada copo de nieve y cuyos ojos me asaltan en cada noche profunda. Pero es inútil. El oficial jefe ha hecho sonar su silbato y el agudo chirrido de la realidad deshace en mi garganta la intención de las palabras.

La cuadrilla se ha puesto en pie con prontitud, aunque con desgana, como el buey que sigue tirando del arado con más miedo al látigo que resistencia. Me he levantado pesadamente, cargado aún con el fardo del recuerdo, y, sin mediar palabra, he regresado al trabajo para tratar de enterrar la memoria entre los surcos

de tierra negra donde rítmicamente ya se hunde el hierro imperturbable de la azada. Pero, por más que me afano, no puedo arrancar esa hiedra que se expande veloz entre mis venas, esa raíz callada que ya brota en flores de amargura por cada oscura grieta de mi alma.

SILENCIO.

Profundo, insondable, es el silencio en los oídos, ya muertos, de Amadeo. Y en los labios de André, levemente trémulos por la emoción contenida en esta despedida sin palabras, en este adiós definitivo al amigo que poco a poco desaparece para siempre bajo paladas de tierra y rabia. Cansado de huir de un país azotado por la guerra, de la eterna deriva del exilio, de la reclusión en los campos, de vivir una vida que no es tal sino un pálido y deshumanizado reflejo. Cansado, tal vez, de evocar la risa de los niños —siempre la misma, la de sus dos desconocidos nietos—, la piel azucarada de una mujer, el olor a tomillo y hierbabuena en los zaguanes encalados de las casas, el beso caliente del pan recién horneado. Cansado, en definitiva, de tener que cerrar los ojos para ver, el viejo Amadeo se dejó arrastrar por la angina de pecho que le seguía día y noche igual que un perro desde su llegada al Campo de Vernet. Se dejó morir. Volverá al regazo arcilloso de su patria, al rojo terruño que le vio nacer un día, hace más de sesenta años, bajo la sombra abrasada de una encina.

André se santigua con un gesto mecánico, aprendido. Ha terminado de compactar la superficie con el envés de la pala y ha colocado alrededor del montículo una hilera de piedras desiguales. Se recuesta a mi lado, contra la valla que delimita el pequeño cementerio, y enciende el cigarrillo que acabo de liarle. Fumamos en silencio, con la mirada fija aún en la tierra removida. A pocos metros, dos guardias esperan apostados, más pendientes de la masa de agua grisácea que amenaza sobre nuestras cabezas que de su tarea de vigilancia. Es obvio que tampoco ellos tienen prisa por regresar al interior del recinto.

El viento en los cultivos inclina mansamente las espigas de trigo y de centeno; su rumor sibilante es música de acompañamiento.

—¿Crees en Dios?

La pregunta de André me ha cogido por sorpresa.

—Es difícil estar seguro.

—Quiero pedirte un favor —dice, tras un breve silencio en el que su tono se recrudece—. Si algo me pasara, aquí o afuera, ocúpate de que me entierren dignamente, con una cruz junto a la fosa. Eres el único al que puedo pedírselo sin que se ría.

—¿Tú te oyes? ¿Qué clase de favor es ese? —respondo, tratando de quitarle hierro a la situación.

Pero esta vez André no es el hombre jovial, vivaz —divertido, incluso, a pesar de las circunstancias—, al que estoy acostumbrado. La situación de pronto se ha vuelto extraña, como si algo en el aire o en el cielo se hubiera enrarecido o nada fuera real, como si repentinamente no fuera André, sino otro, quien se sienta a mi lado. Quisiera pensar que bromea, pero sé que es el miedo a morir como un perro el que habla por su boca. El miedo a engrosar la lista anónima en una de tantas fosas comunes que jalonan docenas de carreteras a este lado y el otro de los Pirineos.

—¿Te ocuparás o no? —insiste, nervioso.

—Claro, hombre. Lo haré si está en mi mano.

—Gracias.

Tras comprobar que los guardias no le prestan atención, se ha levantado y se ha aproximado al montículo de tierra bajo el que yacen los restos de Amadeo. Agachado en el cabecero de la tumba, musita unas palabras que no alcanzo a escuchar. Sólo entonces me percató de que lleva algo en la mano. Un trozo de tela. Lo deja sobre la tierra y coloca una piedra encima para que no se vuele. El grito del guardia ha reventado el silencio que acariciaba las espigas bajo las alas fugaces de las golondrinas. Su eco se pierde en el altozano, al final de la llanura, arrastrada por el viento cálido de la tarde. Es hora de regresar para el tercer recuento, en el que otro nombre habrá sido tachado para siempre de las listas.

Mientras caminamos hacia la puerta del vallado, dirijo una última mirada hacia la tumba de Amadeo. Bajo la piedra que André ha colocado hace un par de minutos destaca, sucio y desteñido, un parche con los colores de la bandera republicana.

—Tú también luchaste con la República —la voz de André ha recuperado su tono alegre—, o sea que eres republicano.

—Luché donde me tocó. Como muchos.

—De acuerdo. Pero pudiste pasarte y no lo hiciste.

—Debí hacerlo.

—Pero no lo hiciste —insiste.

—Y mira lo que he conseguido...

André come mi torre con su alfil y cruza la línea defensiva.

—Jaque en tres —presume, sonriente.

—Ya ves lo que logró Amadeo: morir lejos de los suyos.

André me mira con un gesto de extrañeza.

—¿Y qué hubiera conseguido estando allí, sino morir igualmente? Así al menos nadie podrá reprocharle cobardía.

A pesar de que ha anochecido, el calor acumulado durante el día y la aglomeración de personas dentro del barracón hacen que la temperatura se vuelva insoportable. Apenas corre aire, tanpreciado como la comida o el agua ahora que la primavera ha caído de golpe y ha traído un brusco ascenso de la temperatura. André se quita las gafas y con el dorso de la mano se limpia el sudor de la frente, que brilla a la luz de la vela.

He tratado de cubrir el rey con el alfil y el caballo que me quedan, pero mi defensa flaquea ante su reina y sus alfiles. Sé que la partida está perdida, pero me resisto a claudicar. André puede elegir entre comerse mi alfil o maniobrar una segunda estrategia moviendo su reina hasta la posición que ahora ocupa mi último peón. Tras un instante de duda, sustituye mi peón por su reina sin hacer comentarios, aunque sabe que la abandona a merced de mi caballo.

—Te pasa igual que a los campesinos —dice—: les da tanto miedo perder lo poco que tienen que prefieren someterse.

—Para ti es fácil hablar. No tienes responsabilidades.

—No tengo familia, es cierto, pero me dolió dejar España —contesta, y la pasión sincera de su voz contrasta con la expresión distante, impávida, de su rostro—. Y lo hice feliz, sin una queja. A veces hay que sacrificar lo que uno ama para pelear por lo que es justo. Eso es lo que hizo Amadeo —añade, tras una pausa—. Y algún día se verá recompensado.

—Pensaba que los comunistas no creáis en la otra vida...

Tras perder su mejor pieza, André levanta su alfil y lo desplaza hasta cercar por completo mi rey. Haga lo que haga yo, su próximo movimiento pondrá fin a la partida.

—Y yo pensaba que tú habías aprendido a jugar al ajedrez —sentencia.

La luz se ha extinguido en las lámparas de aceite. La noche ha engullido el barracón como una bestia hambrienta y sigilosa. Poco a poco, el susurro de voces ha dejado paso a un coro discorde de respiraciones. Cada hombre yace ahora solo frente a sus propios lobos, a solas con sus depredadores.

Durante largo rato he tratado de dormirme, moviéndome, inquieto, de un lado al otro, de un pensamiento a otro, mientras la voz de Amadeo susurraba, en tono de ultratumba: “tu destino está en el Campo, bajo la tierra del Campo”. Quizás sea cierto, quizás no haya para mí otro camino que la resignación y la desesperanza. Hombres más fuertes y avezados que yo han sucumbido a la presión del confinamiento, a la sensación de ahogo, a la sanguijuela que crece pacientemente bajo el pecho devorando cada emoción, cada anhelo, abriéndose paso al fin hasta la superficie cuando nada queda ya en el hueco y sombrío caparazón de su huésped.

Lejana incluso en el recuerdo está la tierra donde un día soñé una casa, un futuro, una familia. Las montañas por las cuales una noche la luna alumbró mi huida apresurada; el río que borró con su rugido las huellas de mis pasos, y, por poco, no se llevó también mi vida; los tupidos bosques donde sacié mi hambre con el fruto del arándano...

He bajado de la litera y me he asomado a la ventana abierta de la barraca para observar la estrella de Sirio, que luce, pálida y serena, contra el muro añil del cielo, y he tratado de descubrir en su reflejo la sombra de las casas, la cima verdinegra del Montlude, el resplandor fosforescente en las pupilas de quien vela, la brasa intermitente que hace ronda en los caminos. Pero nada. Sólo el ojo blanco del insomnio. La silueta fantasmal de las barracas. Y el zumbido pesado de la noche cuando rumia, rutinaria, su silencio.

Tenía el mismo aspecto que la última vez. Estaba sentada en el escaño de pizarra, junto a la puerta del establo. El cabello recogido con un pasador negro. Desabrochado el botón superior del vestido, a la altura del escote. Tal vez era verano.

Quieta, sin hacer nada, quizá sólo descansando tras limpiar las cuadras y reponer, como hacía cada día desde la muerte de su padre, el heno para el ganado. Quizá dejando volar la imaginación, tratando de anticipar cómo serían las próximas fiestas, si su madre terminaría a tiempo el nuevo vestido, si las ofrendas a la Virgen del Rosario servirían para ahuyentar las lluvias y el frío que arruinaron los festejos del año anterior dejando al pueblo entristecido durante meses, cuánta gente acudiría, cuántos de otras partes del valle, cuál de entre todos los hombres solteros la sacaría a bailar...

Después una casa, una casa grande y desconocida que no era la suya y, sin embargo, lo era. Dentro, en la cocina, tres mujeres amasaban una hornada de pan para la semana. Parecía que estuvieran conversando, pero ni un leve rumor se escuchaba, como si se tratara de una de esas películas de cine. Sólo la voz dulce de Teresa, que, sentada junto a la ventana, tarareaba alegremente una letrilla popular mientras remendaba una mortaja.

Tal vez yo la miraba al pasar frente a la casa, de camino hacia otra parte. Tal vez encaramado a sus ojos desde el muro de la huerta. No pude verme, aunque sé que estaba allí. Y ella alzaba la mirada de cuando en cuando hacia la calle, consciente a su vez de mi presencia imprecisa.

Ahora todo se ha desvanecido suavemente, como arrastrado por el viento. La luna y las estrellas han regresado también a sus barracones. El aire silba con fuerza, hace vibrar las alambradas, y un nuevo amanecer despunta, metálico y espeso, contra el pecho ensombrecido de los hombres.

No he sido capaz de resistir más tiempo tras el escudo de los párpados. Poco a poco mis ojos se han abierto como dos heridas blandas. Otra vez la luz vuelve a ser negra.

—¡Pere Gispert! ¡Manuel Freixas! ¡Dimitr Mouchenko! ¡Paolo Manini! ¡Mateu García Casals! ¡Agustín Torres Iglesia!...

En boca del guardia los nombres restallan con desprecio, dichos sin el más mínimo interés por su correcta pronunciación, como si fueran insultos. Su tono violento y desdeñoso parece querer evidenciar la distancia existente entre esos nombres y los seres esmirriados y andrajosos que los reclaman con mano temblorosa y las pupilas encendidas como bengalas en medio de la noche.

Nadie quería alejarse por miedo a perder su carta o a que otra persona se apropiara de su paquete y de su contenido. Así, hemos esperado en pie más de dos horas, formados frente a las puertas de los barracones, hasta que, al fin, después de los sectores A, C y T, nos ha llegado el turno.

Pocas cartas esta vez, apenas una veintena de sonrisas entre una multitud de rostros afligidos, algunos inexpresivos, incapaces ya de sumar a su semblante la huella de una nueva desilusión.

—Este paquete está abierto —dice un recién llegado.

El guardia se aproxima a él con gesto decidido.

—¿Me estás llamando ladrón?

El guantazo ha llegado sin aviso, un bofetón que ha hecho saltar por el aire uno de los debilitados dientes del prisionero dejando en su vuelo una estela rojiza.

—¿Crees que aquí robamos a la gente? —insiste.

—No, señor —la mirada del novato se clava en el suelo; la lección aprendida—. Lo lamento mucho.

A pesar de que todos los paquetes, sin excepción, y también algunas cartas han llegado en idénticas condiciones, no hay queja posible. Esa es la norma y no queda más opción que someterse. Quienes han recibido noticias se conforman con eso, con saber que ahí fuera hay quien todavía les recuerda y se preocupa por ellos. Es más de lo que la mayoría puede decir.

El novato se ha escondido como un perro apaleado, como el animal que se lame las heridas en la sombra. Un par de minutos después, el reparto ha concluido. El jefe de barracón ha recogido su carta —es uno de los afortunados—y se ha dirigido hacia el interior de la nave para rumiar a solas su propio dolor. Nadie escapa. No existe escapatoria.

El barullo ha cesado, los internos ya dispersos a excepción de una figura, un hombre que permanece de pie, en silencio, frente al corredor de arena por donde el guardia se aleja con paso apresurado. Es Giuseppe. Permanece inmóvil con los brazos colgando junto a las caderas, la espalda arqueada hacia delante y los hombros ligeramente cargados. El traje de chaqueta —roído y sucio por meses de uso diario— le confiere un extraño aire de provisionalidad. Para sustituir el zapato que, seguramente, le han robado, ha improvisado una especie de alpargata hecha con cuerda y un trozo de madera, como si en el hecho de negarse a caminar descalzo fuera posible todavía mantener un mínimo poso de dignidad. Nadie repara en él, a nadie le importa. Sólo es uno más entre los muchos fantasmas que moran estas tierras.

Quienes en su día tuvieron oportunidad de ir a la escuela, o alguien que les enseñara a leer, buscan un rincón solitario donde devorar las palabras de sus familiares como si fueran onzas de chocolate o panecillos de mantequilla recién horneados. Y los analfabetos, es decir, la mayoría, se reúnen en el clásico corrillo alrededor de quien está dispuesto a descifrar para los demás, poco a poco y guiándose con el dedo índice a lo ancho del papel, el apretado jeroglífico de tinta que emborrona las cuartillas.

Ni André ni yo tenemos correspondencia, pero era algo esperado; hace ya casi año y medio desde la última vez. Para él las misivas se interrumpieron tras la muerte repentina de su madre, de la que un vecino le informó mediante un escueto mensaje. En mi caso, tras el traslado de uno a otro Campo, simplemente las cartas dejaron de llegar. Durante cinco meses envié una carta semanal a Teresa, sin obtener respuesta. Y al vigésimo intento desistí. Quizás por esto André y yo somos los únicos

que nos hemos mantenido a distancia del jaleo, observando a los demás con una mezcla de envidia y frialdad.

Sólo después de un rato, André se ha girado levemente para hablarme.

—Ahora podrás ganar unos cuartos —dice—, ve sacándole filo al carboncillo.

No hay luna sobre Vernet.

Ajeno al rumor de lejanas voces que han tomado por asalto la barraca. Indiferente al palpito emocionado que agita las literas. Rodeado de un centenar de hombres y definitivamente solo. Me he tumbado en el jergón con la mirada perdida en algún punto impreciso del techo, entre las vigas húmedas y carcomidas de donde cuelgan telarañas como lúgubres guirnaldas. Y me he llenado los ojos y la boca de silencio. Pero no hay descanso posible. No hay paz para quien desgrana en su pecho el amargo maíz del recuerdo.

Afuera, el viento bate contra la alambrada. Hace crujir los huesos oxidados de las verjas. Como una losa, la noche vela el sueño inerte de los barracones.

Hace frío en todo el universo.

No hay luna sobre Vernet.

ANDRÉ HA IRRUMPIDO EN MI MENTE y me ha arrastrado hacia fuera. No pude dormirme hasta el alba a causa del insomnio, pero después, cuando al fin me abatió el sueño, descendí hasta las entrañas mismas del cansancio. Con las manos en forma de cazo, sumerjo el rostro en el agua amarillenta y arranco de mis párpados la costra de algo que ha fosilizado.

—Date prisa, hombre —se impacienta—. Ni que hubieras salido de la tumba.

Con movimientos mecánicos, rutinarios, termino el aseo y me incorporo a las filas para el primer recuento. La temperatura ha subido de nuevo, parece que los días vienen ya un poco más cálidos.

Los hombres están nerviosos, se miran con gesto interrogante al tiempo que se alzan de puntillas disimuladamente para avistar la puerta principal. André también parece inquieto, tanto que ha olvidado algo importante.

—¡Eh! —le digo mientras le advierto del peligro con un gesto de los ojos.

André se percata inmediatamente de su olvido; con rapidez se lleva una mano a la cabeza, se quita la boina y la guarda, doblada en dos, en un bolsillo de su chaqueta de pana.

—Gracias.

—No hay por qué.

En la entrada del Campo hay más actividad de la normal. André trata de tomar perspectiva subiéndose a una piedra.

—¿Qué diablos sucede? ¿Puedes ver algo?

—Parece un traslado.

El sol está ya alto en el cielo, derrama su cal viva sobre el Campo. André se lleva la mano a la frente a modo de visera, achina los ojos y se cerciora.

—Ocho o diez hombres a lo sumo —añade.

La rutina de los traslados es siempre la misma, un proceso lento y humillante: registro, interrogatorio, corte de pelo, desinfección y asignación de una barraca ante la mirada expectante de todos los prisioneros. Algunos internos cuchichean en voz baja al tiempo que miran a los recién llegados con desconfianza: ningún barracón quiere compartir con un nuevo inquilino el reducido espacio de sus literas.

Cuando los nuevos son asignados a sus respectivas barracas hace más de media hora que el recuento ha terminado. La mayoría de los diez recién llegados han venido a parar al sector B, detenidos por motivos políticos, y merodean, desorientados, por el pasillo que separa las hileras de barracones preguntando tímidamente dónde conseguir una manta o una cuchara, quiénes hablan su idioma o dónde se encuentra el excusado. Son todos españoles, salvo dos polacos, un ruso y un italiano. La expresión de sus rostros —escuálidos, huesudos, como si la carne de sus mejillas hubiera sido succionada hacia dentro— y la huella del dolor en sus cuerpos deformados no dejan lugar a dudas: ya conocen la dureza de los Campos. Llevan tatuado en las pupilas el grito de horror y de alivio de los supervivientes.

André ha entrado en el barracón acompañado de un hombre de mediana edad, alto, robusto y carcomido por el hambre. Le ha regalado un chusco de pan duro que guardaba entre sus enseres y le ha invitado a sentarse con nosotros. El hombre apenas tiene fuerza para hincar los dientes que le quedan en la negra costra de centeno, así que arranca trocitos con la mano y va dejando pacientemente que se deshagan en su boca como si fueran caramelos. No lleva distintivos militares ni ningún otro signo de identificación, pero sus respuestas, breves aún por el temor y la desconfianza, delatan el acento cerrado del montañés.

André ha liado un cigarrillo y después otro con evidente impaciencia, señal de que algo ronda por su cabeza. Se pellizca con los dientes el labio inferior, obsesivamente, y su mirada está poseída de un extraño fulgor que recuerda vagamente a la alegría.

—Dice que los americanos preparan una ofensiva a gran escala.

—¿Cómo sabes eso?

El hombre me mira sin contestar, afanado en devorar los bocados de pan que le quedan. André apaga el cigarrillo, raja la pava con las uñas y vacía el tabaco sobrante dentro de una tabaquera de pellejo que lleva colgada de una tira al cuello.

—Se lo contó uno al que habían hecho prisionero en Gurs poco antes de que los alemanes le molieran a palos.

—¿Gurs?

—Es otro Campo, parecido a éste —puntualiza André—. Está cerca de la frontera con Navarra.

El hombre ha terminado al fin el último pellizco de pan y fuma ya con ansiedad el cigarrillo que André le ha ofrecido. La primera calada le ha producido una tos bronca y enferma, sin embargo insiste y vuelve a llenarse los pulmones como si en la confusión del humo pudiera burlar momentáneamente el dolor que le roe las entrañas. Se recuesta con cansancio contra un tablón de la litera y, a media voz, las palabras van saliendo de su boca torpemente, como si resbalasen. Ni André ni yo le hemos preguntado, pero dejamos que se explique sin interrumpirle, conscientes de que a veces las personas necesitan contar su historia por puro afán de supervivencia, para no olvidarse de quiénes son, o de quiénes fueron, y apuntalar así una vida cuyo sentido se derrumba, abatida por el paso del tiempo, igual que los muros de una casa abandonada.

—Nos detuvieron cuando intentábamos llegar a Pau. Éramos cinco hombres, nos habíamos separado del resto tras realizar un sabotaje en el ferrocarril y andábamos perdidos. Aún no sé por qué no nos volaron los sesos allí mismo, supongo que ahora más que nunca los alemanes necesitan mano de obra. Nos metieron en un camión y nos llevaron a Gurs. Si el infierno tiene un nombre debe de ser ése. Todos los días se llevaban a los judíos por docenas cargándolos en remolques como si fueran ovejas, sin agua ni comida, y nunca más se volvía a saber de ellos. A los demás nos usaban como esclavos. Durante meses no he hecho otra cosa que trabajar para ellos y soportar palizas. Cada noche, antes de acostarme, rezaba a Dios pidiendo que me llevara mientras dormía. Pero Dios —concluye, en tono vagamente irónico— debía de estar a otras cosas.

André me mira fugazmente. Sé lo que está pensando. Piensa que este hombre está narrando nuestra propia vida, que no hay dolor que pueda describir que no hayamos padecido en nuestras propias carnes. Que de uno a otro Campo sólo varían las coordenadas de localización y las letras con que se forman sus nombres. Y piensa que nada distinto le estará reservado en Vernet.

—¿Por qué os han traído? —le pregunta.

El hombre se encoge de hombros.

—Hay quien lo ve con optimismo. Dicen que los alemanes se repliegan hacia el Este y que pronto la guerra estará decidida.

—¿Y cómo lo ves tú?

En la brasa incandescente se consume un silencio tan espeso como la sangre.

—Yo sólo veo alambradas.

De repente las cosas cobran un cierto sentido. Hace un par de días que los alemanes establecieron un puesto fijo en el Campo; además, casi todas las mañanas llegan camiones que parten nuevamente cargados de prisioneros. Sin embargo, no es ninguna de estas cosas la que ahora ocupa mi pensamiento, sino una cuestión mucho más elemental, una sospecha que desde hace rato me inquieta profundamente.

—Tienes acento aranés —digo, al fin.

El hombre me mira fijamente, como si hubiera prendido en su corazón la llama de la memoria. Como si de pronto hubiera recordado que bajo su piel roñosa y tras su mirada encallecida hay todavía una persona con nombre y apellidos y una tierra que añorar. Clava sus ojos en los míos como quien se asoma a un pozo en cuyo fondo brilla el reflejo de la luna. Y la sonrisa acude a sus labios acompañando a un hilo de voz emocionada.

—Me llamo Quim —dice, estrechándome la mano—. Soy de Benós.

Al oír este último nombre, las imágenes se precipitan en aluvión hacia mis ojos. La memoria desborda, nostálgica, como un río crecido repentinamente. Y el dolor acude, puntual e inevitable, a ocupar su trono en lo más hondo de mis vísceras.

—Entonces somos paisanos —contesto.

Querida Andrea,

Cómo expresar en palabras lo mucho que te añoro. Si la memoria no me falla, ya hace casi dos años desde que nos despedimos y no he dejado de pensar en ti ni un solo minuto. Me levanto y me acuesto besando tu recuerdo. En algunos momentos me parece, incluso, tenerte aún a mi lado, y pienso que sólo con girarme te hallaré de nuevo detrás de mí, bromeando y riendo como solías.

Las cosas aquí se han puesto más difíciles. La comida escasea y muchos hombres no resistieron el último invierno, pero estate tranquila porque yo me encuentro bien de salud y aguantaré. Pensar en la hora en que vuelva a estrecharte entre mis brazos me da toda la fuerza que necesito para seguir luchando día a día.

Estoy seguro de que sigues siendo tan hermosa como la última vez que te vi. Cada noche, cuando todos duermen, te desnudo y repaso con mis manos cada centímetro de tu piel morena...

—Un momento, un momento... Eso no me convence.

—¿Por qué? ¿Acaso no es cierto?

—Sí —contesta, levemente sonrosado—, pero esas cosas no se le dicen a una mujer.

—¿Quién te ha dicho eso? —interviene André— A las mujeres les encanta, se derriten leyéndolas.

—André tiene razón.

—Es que... me da vergüenza.

—¿Vergüenza de qué?

—¿Y si lo lee su padre, o sus hermanos? Son capaces de venir hasta aquí y estrangularme...

—Pero bueno, ¿esa tal Andrea es tu mujer o no?

La pregunta de André y su tono a medio camino entre la ironía y el apremio intimidan al joven veinteañero, que deja caer la mirada lánguidamente hacia el suelo. André evita mirarme, consciente de lo sencillo que es pasar de la compasión a la burla. No es la primera vez que vemos a un hombre sufrir por ser analfabeto, o por no saber expresar con palabras lo que hierve como lava por sus venas.

—Vamos, hombre —le tranquilizo—. Si no te gusta lo cambio y asunto arreglado. *Cada noche —me corrijo—, cuando todos duermen, repaso mentalmente cada uno de los ratos que pasamos juntos y es como si volviera a vivirlos... ¿Mejor?*

El hombre asiente, agradecido, mostrando su sonrisa renegrida.

Cuando le entrego la carta, ya corregida y modificada, él la pliega con dos cuidadosas dobleces y la atesora junto a su pecho en el bolsillo de la camisa. Me paga con tabaco, como siempre hace. Y se pierde con paso arrastrado, tan silencioso y raquítico como su propia sombra, cruzando el Campo entre el bullicio de prisioneros que, ajenos momentáneamente a todo, patean una pelota fabricada con harapos.

Igual que otras veces, no me ha hecho falta inventar demasiado, pues hace tiempo que escribo en cartas de otros las palabras destinadas a Teresa, palabras que aun cruzando fronteras y censura jamás llegarán a sus oídos. Que se perderán en otros lugares, pronunciadas al calor de la lumbre en otros labios. Palabras que tal vez lleven consuelo, en la noche eterna de la espera, a más de un corazón golpeado por la ausencia y prematuramente envejecido.

Hemos hablado durante tres largas horas, a solas en el barracón, al resguardo del sol y de los guardías, apartados de oídos indiscretos, como dos viejos paisanos que se hubieran reencontrado después de muchos años y avatares; o quizás debería decir que yo le he preguntado y él, pacientemente, ha respondido. No hace ni seis meses que dejó el valle en dirección a Francia, oculto en un camión de ganado, por el paso fronterizo de Pont de Rei; no hace ni seis meses que sus ojos vieron por última vez las jorobas nevadas de las montañas, sus bosques de abedul y pino negro extendiéndose, apretados, a lo largo y ancho de las faldas sinuosas. Y lleva todavía la imagen del humo saliendo mansamente de las chimeneas de las casas grabada a fuego en su retina, símbolo de ese calor familiar, de ese cálido recogimiento y esa sensación de seguridad que —igual que al resto de huidos y exiliados— a él también le sería negado.

Como si formara parte de una especie de ritual o conjuro hemos dedicado buena parte del tiempo a recordar nombres y lugares, a enumerar tareas y objetos de la vida cotidiana, a imaginar lo que por estas fechas debe de estar sucediendo en el valle: el comienzo del deshielo, el sangrado lento y gélido en las cumbres de las montañas; el regreso del ganado trashumante y la subida de rebaños hacia los pastos más altos; las garbes de espiga amontonadas en las parcelas recién segadas; la floración del arándano, el grosellero y el frambueso, de la flor de Lis y el rododendro; los preparativos para la fiesta de San Juan, cuando la noche se incendia de teas para ahuyentar los demonios y atraer la buena suerte; los bailes en los pueblos, con los solteros sentados en fila viendo danzar a las muchachas; el bramido gris de los caudales, su lengua espumosa serpeando a la orilla de los estrechos prados...

Aunque nunca nos habíamos visto antes, ha oído hablar de mi casa, y, por lo que hemos podido deducir, hasta es posible que nuestros abuelos coincidieran durante un tiempo extrayendo el zinc de las entrañas de la tierra en las oscuras galerías de la mina de Liat. Es extraño cómo el solo hecho de compartir un mismo lugar de nacimiento provoca complicidad y fraternidad entre las personas. Y ha sido extraño, igualmente, sorprenderme a mí mismo confesándole a un recién llegado, a

un hombre desconocido hasta hace apenas un día y medio, el pensamiento que desde hace semanas acecha mi mente como una hambrienta alimaña y que nadie conocía, ni siquiera André. Desde que llegué al Vernet he asistido, indiferente, a las soflamas diarias de los guardias instándonos a regresar a España, convenciéndonos de la indulgencia de Franco hacia quienes no hubieran cometido delitos de sangre, casi obligándonos a firmar bajo la amenaza de un infierno peor entre los espinos de las alambradas. Y ahora, por primera vez en dos años, ante la amenaza constante de los alemanes que seleccionan hombres como cabezas de ganado para forzarlos a trabajar en sus fortificaciones, siento que aquella es ya la única vía posible de regreso.

—Cuando Hitler caiga también lo hará Franco. Ya verás —sonríe Quim—, el Ejército Aliado cruzará los Pirineos. Entonces podremos volver.

—No intervinieron cuando la guerra, ¿por qué iban a hacerlo ahora?

—Porque nadie querrá apoyar al último fascismo.

—¿Y si no sucede? —pregunto.

—Sucederá.

El cigarrillo se ha consumido lentamente entre mis dedos y la ceniza se sostiene en frágil equilibrio, como un esqueleto podrido a punto de quebrarse.

—Sólo quiero recuperar mi vida, trabajar, formar una familia...

—Te comprendo. No voy a decirte lo que tienes que hacer —replica—, pero hace menos de medio año yo estaba allí, al otro lado de la frontera, y vi con estos ojos lo que les sucede a quienes combatieron con la República, lo que hacen con sus familias, sus casas y sus propiedades. No te dejarán vivir en paz.

Con un giro de muñeca inclino la colilla y el cadáver de ceniza se precipita en silencio hacia el suelo.

—Es un riesgo que tengo que correr —musito.

Sólo después de tres horas de indecisión, después del largo silencio que ha llenado de humo azul los haces de luz que se proyectan a través de las ventanas entreabiertas, me he atrevido a hablarle de lo único que realmente me importa ya, me he atrevido a hablarle de Teresa. No ha sido necesaria una descripción extensa, ni hacer referencias precisas a su casa o su familia; sólo hay una Teresa en Es Bòrdes, y él, como otros muchos solteros del valle desde Les a Salardú, sabe muy bien de quién se trata.

—Cómo olvidarla —dice—, es una mujer muy hermosa. Fue hace un año, más o menos, cuando la vi por última vez.

—¿Dónde?

—A la entrada del pueblo, camino de los lavaderos. Yo bajaba de la Artiga de Lin con mi hermano y un vecino —rememora—. Volvíamos de recoger a un potro que se había desmanado tras la última tormenta y nos topamos con el grupo de mujeres. Iba la última de todas; tenía el cabello más corto y había palidecido, pero sin duda era ella.

—¿Cómo estás tan seguro?

—El vecino la conocía y la saludó por su nombre.

Tras decir esto, hace una breve pausa, como si buscara las palabras adecuadas. Aspira una calada de su cigarrillo y me mira un instante antes de aplastar la colilla bajo la suela de su bota.

—Y hay algo más —añade.

Desde el corazón me suben toneladas de sangre a los oídos.

—¿Qué?

—Llevaba un niño en brazos.